

CAPÍTULO III

DE LA FILOSOFÍA HETERODOXA DESDE 1834 Á 1868, Y ESPECIALMENTE DEL KRAUSISMO.—DE LA APOLOGÉTICA CATÓLICA DURANTE EL MISMO PERÍODO.

- I. Breve reseña del estado de la filosofía española cuando apareció el krausismo en nuestras aulas: eclecticismo: filosofía escocesa: frenología y materialismo: kantismo y hegelianismo.
—II. El krausismo: D. Julian Sanz del Río: su viaje científico á Alemania: su doctrina: sus escritos hasta 1868: sus principales discípulos.—III. Principales apologistas católicos durante este periodo: Balme, Donoso Cortés, etc., etc.

I.—BREVE RESEÑA DEL ESTADO DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA CUANDO APARECIÓ EL KRAUSISMO EN NUESTRAS ÁULAS: ECLECTICISMO: FILOSOFÍA ESCOCESA: FRENOLOGÍA Y MATERIALISMO: KANTISMO Y HEGELIANISMO.

BOTA la tradición científica española desde los últimos años del siglo XVIII, nada más pobre y desmedrado que la enseñanza filosófica en la primera mitad de nuestro siglo. Ni vestigio ni sombra de originalidad, no ya en las ideas, que ésta rara vez se alcanza, sino en el método, en la exposición, en la manera de asimilarnos lo extraño. No se imitaba ni se remedaba: se traducían servilmente, diciéndolo ó sin decirlo, y ni siquiera se traducían las obras maestras, sino los más flacos y desacreditados manuales. Como único resto de lo antiguo, vegetaba en algunos Seminarios la escolástica, pero sólo por excepción daba de sí alguna obra profunda y notable como el *Curso* de filosofía tomista del P. Puigserver. Los de Amát y Costa valen ménos, pero fueron mejor recibidos en las escuelas. Á su tiempo se dirá cómo Bálmes y Donoso y luego los

tradicionalistas y finalmente los neo-escolásticos hicieron reverdecir el árbol de la ciencia cristiana, y dieron á la cultura española de este siglo los dos ó tres libros que más la honran, los únicos que han logrado pasar las barreras de esta última Thule, y llamar hácia nosotros la benévola atención de los extraños.

La revolución vivía de las últimas heces de Condillac y Destutt-Tracy y Bentham. Comparado con tal degradación intelectual, debió de parecer un progreso el *sensismo mitigado* ó *sentimentalismo* de Laromiguière, que tuvo su principal foco en el Colegio de San Felipe, de Cádiz, y contó por intérpretes á Lista en la teoría estética y de los sentimientos morales, y al Obispo de Cádiz Aribau, autor de un *Curso* de filosofía en cinco volúmenes, ajustado estrictamente á las doctrinas del elegante y simpático profesor de la Sorbona.

Siguiendo más ó ménos de cerca todas las evoluciones filosóficas de Francia, en pos del *sentimentalismo* abrimos la puerta al *eclecticismo*, pasando de Laromiguière á Royer Collard y á Victor Cousin. El progreso espiritualista era evidente, pero no produjo obras de filosofía pura, dignas de especial mención. Las *Lecciones de filosofía ecléctica* que D. Tomás García Luna dió en el Ateneo en 1843, y coleccionó luego en dos volúmenes (á los cuales pueden agregarse su *Gramática General* y su *Historia de la Filosofía*), son pálido reflejo de los libros de Cousin; y tampoco alcanzan otro carácter que el modestísimo de exposiciones para las aulas más elementales, el *Servant-Beauvais* con adiciones y escolios de Lopez Uribe, el *Damiron* traducido libremente ó más bien compendiado por Alonso, y otros manuales de catedráticos de Universidades ó de Institutos, mera transcripción de libros franceses, por lo general pésimamente interpretados. Pero aunque los expositores castellanos del espiritualismo ecléctico brillan con luz tan escasa y mortecina, no es posible dejar en olvido la influencia de esta escuela, que hasta el advenimiento de las doctrinas alemanas dominó casi sola en los centros oficiales de enseñanza, con sus compendios buenos ó malos, y con los programas que Gil y Zárate dió, copiados á la letra de los publicados por Cousin cuando era ministro de Instrucción pública en Francia. Á lo cual ha de añadirse que todos nuestros políticos conservadores y doctrinarios eran (y lo son todavía los que de aquella generación quedan) partidarios de ese espiritualismo recreativo, incoherente y vago, que parece nacido para solazar los ócios de ministros en desgracia y para dar barniz filosófico á las exhibiciones parlamentarias: filosofía de fácil acceso, que hasta las mujeres cultas pueden leer sin

tedio; filosofía de aparente facilidad, como toda filosofía que no lo es; incapaz de satisfacer las exigencias de ningún espíritu grave y lógico, que no vea en la ciencia pura más término que la ciencia misma, y que satisfecho con el varonil placer de indagar sistemáticamente la verdad, no se afane ni se desvía á caza de relaciones y consecuencias sociales, ó de fórmulas, teorías y recetas, que satisfacen la vanidad de un instante, y al día siguiente están olvidadas, desechadas ó sustituidas por otras, como que á todo se presta la elasticidad del sistema. Mala y temible cosa son los filósofos metidos á políticos, porque áun suponiendo que sea buena su filosofía, llevarán siempre á la práctica de la vida lo absoluto, rígido é imperatorio de los principios universales; pero he llegado á pensar que no es ménos grave daño el de los políticos que se introducen por sorpresa en el campo de la filosofía, trayendo á ella todas las ligerezas, distracciones y atropellos de su vida, absorta siempre en lo particular y limitado. De este contagio adolecieron los hombres de la Restauración en Francia, y del mismo, y á su ejemplo, los prohombres del partido moderado español, deseosos de distinguirse por su intelectual superioridad sobre la masa progresista. Así es que los verdaderos representantes de la escuela ecléctica española no son los autores de *Cursos* de filosofía primera, sino los políticos y periodistas que hablaron y escribieron sobre ciencias morales y políticas, de los cuales (dicho sea sin agravio de nadie) sólo uno tenía verdadero temperamento filosófico: Donoso Cortés. Los otros eran hábiles discutidores, excelentes literatos, ingeniosos hacendistas, pero nada de esto basta para franquear las puertas de la escuela de Platon ó de Kant.

Y áun en Donoso hay dos hombres enteramente diversos, sin que el primero, el Donoso ecléctico y doctrinario, anterior á 1848, pueda en modo alguno equipararse con el Donoso apologista católico, autor del *Ensayo* y de los admirables discursos de 1849. La verdad le enalteció y le hizo libre, libre del sofisma, á que su entendimiento, mucho más lógico que ontológico, y por ende adorador de la razón humana, irresistiblemente propendía. Hombre de extremos, quizá violentó despues el intento contrario: no faltará ocasion en que lo dilucidemos. Lo que distinguió siempre á Donoso Cortés desde su primer folleto, desde la *Memoria sobre la situación de la monarquía*, escrita en 1832, fué su concepto de la revolucion, su idea de que en toda cuestion política iba envuelta una cuestion social, así como lógicamente dedujo luego, cuando Dios fué servido de abrirle los ojos, que en toda cuestion social habia una cuestion filosófica y una

cuestion teológica. La amplitud del pensamiento, la tendencia á vastas síntesis, el buscar en toda cuestion relaciones y adherencias filosóficas, el amor á la fórmula, fueron características en él, así en su temporada ecléctica como en su brillante eflorescencia católica. Obras cuyo título las anuncia exclusivamente políticas como las *Consideraciones sobre la Diplomacia* (1834) y el folleto sobre *la ley electoral*, son verdaderos himnos á la soberanía de la inteligencia, *reina del mundo moral*, y ardientes manifiestos doctrinarios, escritos medio en francés, pero pensados con una alteza de que nadie daba entónces ejemplo en España. Donoso invade á cada paso el campo de la filosofía pura, así en estos opúsculos, como en las *Lecciones de derecho político*, que explicó en el Ateneo, y que vienen á ser resúmen y cifra de las ideas de su primer período.

Nada más á propósito para comprender la pobreza y los vacíos de la escuela ecléctica, áun en sus maestros más eminentes. Donoso habla de la sociedad, sin declararnos su origen, probablemente porque no lo sabe ni el sistema lo explica; habla del deber y de la ley, sin investigar el fundamento metafísico de la ley y del deber; establece en el hombre un dualismo irracional entre el entendimiento y la ley, y confiesa ingénuamente que, *por localizar la soberanía en alguna parte*, la ha localizado en la inteligencia. Cuando un hombre de tan comprensivo entendimiento como Donoso se aquieta con tan pueriles soluciones, y las dá por filosofía, muy patente está la endeblesz anémica de todo doctrinarismo.

Fuera de esta desdichada escuela, la actividad filosófica de España casi estaba reducida al pequeño círculo ó *coetus selectus* de psicólogos catalanes, partidarios de la filosofía escocesa, que no contentos con seguir y comprobar los pacientes análisis de la escuela de Edimburgo, habían llegado á las últimas consecuencias de la doctrina de William Hamilton (antes de conocerle), considerando la conciencia humana *en toda su integridad* como único criterio de verdad filosófica. El *Curso de filosofía elemental* de Martí de Eixalá fué la primera manifestacion de esta doctrina, acrisolada luego en las lecciones orales del inolvidable Dr. Llorens, hombre nacido para la observacion interna.

En algunas cátedras de medicina vegetaba oscuramente el materialismo del siglo pasado, sin que hubiera recibido nuevo alimento despues del libro de las *Relaciones* de Cabanis. A deshora inundaron nuestro suelo, hácia 1840, los empirismos frenológicos y craneoscópicos de Gall, Spurzheim y Broussais, de que se hizo intérprete y

fervorosísimo propagador en España el catalán D. Mariano Cubí y Soler, emprendiendo por los pueblos, desde 1843 á 1848, una especie de misión para propagar su doctrina, que mezclaba con la del magnetismo animal y otros embolismos.

La frenología no era cosa enteramente nueva en España. Al contrario, en sus orígenes tuvimos parte muy señalada los españoles, como es de ver en el libro de Huarte, y en el mucho más raro y más francamente craneoscópico de Estéban Pujasol. Aún en nuestro siglo fuimos de los primeros en abrir la puerta á la doctrina de Gall, y ya en 1806 se publicó en Madrid una clara y metódica *Exposición* de su doctrina, redactada por autor anónimo. En 1822, Ernesto Cook, uno de los colaboradores de *El Europeo*, famosa y singular revista que dirigía Aribau, dió á luz otro folleto en explanation de las ideas de Gall. En 1835 se estampó en Madrid, á nombre de una Sociedad de naturalistas y literatos, cierto *Resúmen Analítico del Sistema del Dr. Gall*. Y en 1837 se imprimió en Valencia, traducida al castellano, por D. José Zerber de Robles, la *Nueva Clasificación de las Facultades Cerebrales*, que viene á ser un compendio de Spurzheim. Todos estos libros pueden contarse entre los antecedentes de la enseñanza de Cubí, pero siempre será cierto que él contribuyó, más que otro alguno, á vulgarizar la craneoscopia, así con sus lecciones orales, como con sus numerosos escritos, entre los cuales descuellan el *Sistema Completo de Frenología* (1844) y la *Polémica religioso-frenológico-magnética*¹, de que conviene dar breve noticia, por ser curiosidad no impertinente al asunto de este libro.

Científicamente, la frenología es hoy un empirismo completamente abandonado. La moderna fisiología cerebral ha venido á destronarla en el ánimo de los mismos materialistas, sin que por eso haya adelantado gran cosa en la absurda empresa de encasillar y clasificar minuciosamente las facultades anímicas, cuanto ménos distinguir las

¹ *Sistema Completo de Frenología*, con sus aplicaciones al adelanto y mejoramiento del hombre, individual i socialmente considerado. Por Mariano Cubí y Soler. Segunda Edición, corregida, aumentada, i notablemente mejorada. Barcelona, imp. de J. Tauló, calle de la Tapinería, Año 1854. 8.º, 571 págs.

—*Polémica Religioso-Frenológico-Magnética*, sostenida ante el Tribunal Eclesiástico de Santiago, en el expediente que ha seguido con motivo de la denuncia suscitada contra los libros y lecciones de Frenología y Magnetismo de D. Mariano Cubí y Soler, cuya causa ha terminado últimamente por sobreentimiento, dejando á salvo la persona y sentimientos del Sr. Cubí. Redactada y publicada segun ofrecimiento que hizo el autor y admitió aquel tribunal, por D. Mariano Cubí y Soler, fundador de varias sociedades científicas y de los colegios literarios, etc., etc. Barcelona, imprenta de José Tauló, 1848. 8.º, 494 págs.

Acercas de Cubí y la Frenología, vid. además los artículos de Balmes en *La Sociedad* (edición de 1867), tomo I, págs. 29, tomo II, págs. 57, 120 y 174, en los cuales juzga Balmes cierto *Manual de Frenología*, publicado por Cubí antes del *Sistema Completo*.

por signos exteriores, ni fundar en tal distinción un sistema de predicciones, nueva especie de charlatanería nigromántica. Si esto la ha desacreditado entre los hombres de ciencia, entre los creyentes y filósofos espiritualistas contribuyó á hacerla sospechosa, muy desde sus comienzos, y no obstante las explícitas protestas del mismo Gall contra toda interpretación materialista, la declarada tendencia del sistema á confundir la pasividad orgánica con la actividad intelectual y moral del hombre: de donde fácilmente nacian consecuencias destructoras del libre albedrío y de la responsabilidad moral, sometida á propensiones físicas ineludibles. Lo cierto es que, desde Broussais y sus discípulos, la frenología degeneró rápidamente en una forma popular y áun callejera del materialismo y del fatalismo.

A Cubí, personalmente considerado, no podían dirigírsele tales acusaciones, dado que siempre procuró ajustar, rectificar y aclarar sus más audaces proposiciones, de tal suerte que encajaban dentro de la verdad católica, ileña *quoad substantiam*. Así y todo, el peligro de su enseñanza y propaganda popular (que para colmo de males, iba unida con la del magnetismo animal, verdadera superstición) no se ocultó á muy doctos, graves y católicos varones. Fué el primero en combatirle D. Jáime Balmes en cuatro artículos de *La Sociedad*, revista que publicaba en Barcelona por los años de 1843. Balmes, con su templanza habitual, no negaba la parte de verdad que pudiera haber en la frenología, áun mirada como hipótesis, ni muchísimo ménos la relacion entre el entendimiento y el cerebro, pero no repugnando la multiplicidad de órganos cerebrales, ya que Santo Tomás enseña que «el alma intelectual, con ser una por esencia, requiere para sus varias operaciones disposiciones diversas en las partes del cuerpo á que se une», negaba que esta division, admisible en principio, pudiera fijarse y concretarse del modo anunciado y requerido por los frenólogos¹.

En su ruidoso paseo por España, fué logrando Cubí numerosos adeptos, y estableciendo sociedades frenológicas y psicológicas, que por lo general no alcanzaban más larga vida que la que les daba el famoso y sagaz inspector de cabezas. Sus libros no están mal escritos: arguyen lectura más vária que bien digerida, y no escasean de noticias y especies curiosas. De su perfecta sinceridad y de la pureza de su fé católica no parece lícito dudar, en vista de las espontáneas, llanísimas y no obligadas declaraciones que hizo en la *Polémica reli-*

¹ Además de Balmes, refutó á Cubí el insigne escritor mallorquín, Cuadrado, en *La Fé*, periódico de Palma (Febrero de 1844).

gioso-frenológica, que sostuvo en Santiago (1848) con un doctor teólogo, D. Aniceto Severo Borrajo, cuyas denuncias y escritos dieron motivo á un proceso eclesiástico en el Tribunal de Santiago. Cubi mostró entonces muy loable sumision, prometiendo borrar ó enmendar en sus obras todo lo que directa ó indirectamente pudiera interpretarse como opuesto á las verdades reveladas, y ofreciendo para en adelante no explicarse en términos ambíguos y sujetos á siniestra inteligencia: en vista de cuya explícita sumision el Tribunal levantó mano de la causa, dejando á salvo la persona y sentimientos de Cubi.

En años posteriores, el propagador más ilustre, elocuente, con vencido y honrado, del materialismo ¹, fué el Dr. D. Pedro Mata, catedrático de Medicina Legal y Toxicología en la Universidad de Madrid. No será posible dejar en olvido esta simpática personalidad, cuando se trace la historia de la ciencia española. Tal como fué, tiene más condiciones para durar y ser leído y famoso que Sanz del Rio y otros nebulosos plagiarios de libros alemanes. No es original en el sistema, pero lo es en los pormenores. Sirve, digámoslo así, de transición entre el materialismo tradicional del siglo pasado y el positivismo de éste. Tiene del primero la claridad de expresion y cierto buen sentido que le hace invulnerable contra las fantasmagorías idealistas. Recibe del segundo mayor copia de hechos y observaciones fisiológicas, y una más cabal interpretación de los fenómenos naturales. Con haber encarecido toda su vida el poder de la experimentacion, con ser tan experimentalista y tan empírico en teoría, no era hombre de anfiteatro ni de laboratorio. Nadie ignora que Mata explicaba Toxicología sin hacer experimentos en la cátedra. Más que hombre de ciencia, para lo cual le faltaba cierto desinterés y reposo, era un activo vulgarizador científico, dotado de extraordinaria lucidez de palabra, que parecia agrandarse al contacto de las realidades de la tierra. Para popularizar una doctrina, para exponerla de modo ameno y accesible á la general comprension no tenia rival: sus propios libros y sus infinitos discípulos están ahí para atestiguarlo.

La filosofía de Mata, aún más que materialista y empirica, era sensualista y nominalista: consistia en un horror á los universales,

¹ En *La Union Médica*, periódico oficial de la Academia Quirúrgica Matritense y de la Cesaraugustana y Mallorquina, causó grave escándalo, por los años de 1852, un bachiller, Don José Garrótal y Sanchez, proclamándose *materialista puro*, y diciendo, entre otras ridículas cosas, que *el dogma cristiano se alojó en la escuela de los filósofos platonicos, bien como el forastero que, llegado á una poblacion, se acomoda en la casa de un pariente ó íntimo amigo.*

á la personificacion de las abstracciones, á los conceptos puros y abstractos. Era un *anti-yoismo*, un *anti-idealismo*, mucho más que un materialismo en el estricto rigor de la palabra. Claro que el materialismo iba incluido virtualmente en las negaciones del Dr. Mata, y con leve esfuerzo podía deducirse de ellas. No niega el alma, no le escatima sus facultades, pero es lo cierto que el alma en su sistema sobra. Su observacion no es la experiencia psicológica, es la observacion de la masa encefálica y del sistema nervioso. No niega la psicología, pero la refunde en la fisiología, como una parte de ella.

Y sin embargo, mirada la cuestion con el criterio de la más sana, tradicional y ortodoxa filosofía, esta refundicion nada tiene de muy escandaloso y extraño, sino que el Dr. Mata invierte los términos. Admirable, por lo contundente, es su impugnacion del absurdo divorcio establecido por los psicólogos, desde Descartes acá, entre las operaciones del alma y las del cuerpo, pero esto va contra los psicólogos pseudo-espiritualistas, no contra la filosofía tradicional. Los fisiólogos en este punto han venido á dar la razon y la victoria á la doctrina escolástica del compuesto humano y del alma como forma sustancial del cuerpo. No hay progreso fisiológico que no sea un nuevo mentis á la incomunicacion de los dos mundos amurallados y cerrados cada uno sobre sí, que fantaseó Descartes en el hombre. Lo más curioso, lo más razonable y lo más vivo de la obra filosófica de Mata son sin duda sus ataques, casi siempre certeros, y á veces conducidos con habilidad dialéctica extraordinaria, contra los psicólogos eclécticos y los *yoistas* alemanes. Pero su clasificacion de las facultades intelectuales, de los instintos y de los sentimientos, es una pobreza, atrasadísima ya en 1858 cuando el autor escribía, y sembrada de reminiscencias de la *Craneoscopia* del Dr. Gall. Ciertamente que tan dudosa originalidad no autorizaba á Mata para llamar á su libro *filosofía española*. Es filosofía de cualquier parte, de la que se recoge en medio de la calle, de la que destrozan en sus conversaciones los estudiantes de San Carlos. «La razon humana no es una facultad sino un *estado*..... El cerebro no es un órgano simple, sino un conjunto de órganos..... Cada órgano supone una facultad, y cada facultad un órgano..... La organizacion es la causa de los instintos y sentimientos». Ni siquiera hay novedad en la clasificacion de éstos: *Filogenitura, Destructividad, Amor á la propiedad*, etc. En suma, frenología pura, con alguna novedad de detalles. No es el único pensador en quien la parte negativa vale mucho más que la positiva.

El suponer las pasiones y los sentimientos resultado exclusivo de la organización, lleva al Dr. Mata, hombre sincero y de mucha lógica á su modo, á consecuencias ominosas para la libertad moral, y á fundar un criterio médico-psicológico, sumamente laxo, en todas las cuestiones relativas al diagnóstico diferencial de la pasión y la locura y á la imputabilidad de los actos atribuidos á locos y personas enajenadas. En tan resbaladizo terreno se defendió mal de la nota de fatalista, y de los reparos experimentales y de práctica forense, que no ya los psicólogos, ni los juristas, sino los médicos, opusieron á su doctrina¹, la cual lleva derechamente á considerar el crimen como estado patológico, y á sustituir los presidios con los manicomios. Entre la juventud universitaria llegó á formar escuela, que en 1868 levantó bandera francamente positivista en *El Pabellón Médico*, cuyo programa (atribuido al mismo Dr. Mata), fué triturado por la récia mano del Dr. Letamendi, en los *Archivos de la Medicina Española*. Mata, frenólogo primero, y secuz fervoroso de las doctri-

1 *Filosofía Española. Tratado de la Razon Humana con aplicación á la práctica del foro. Lecciones dadas en el Ateneo Científico y Literario de Madrid, por el Dr. D. Pedro Mata, Catedrático de término en la Universidad Central, encargado de la asignatura de Medicina Legal y Toxicología, etc., Madrid, Carlos Baylli-Bailliere, 1858. 4.º, 756 págs.*

Este tomo primero ó primera parte, que trata de la *razon humana en estado de salud*, es el que tiene más curiosidad filosófica. El segundo (1864) versa sobre los *estados intermedios* (sueño, ensueños, sonambulismo, magnetismo, etc.), y el tercero sobre la locura.

—*De la libertad moral ó libre albedrío. Cuestiones Físio-Psicológicas sobre este tema y otros relativos al mismo, con aplicación á la distincion fundamental de los actos de los locos y los de los apasionados ó personas respetables, por el Dr. D. Pedro Mata.... Madrid, Baylli-Bailliere, 1868. En 4.º, 450 págs.* Contiene la discusion habida por Mata en la Academia de Medicina de Madrid con los doctores D. Joaquín Quintana, D. Matias Nieto y Serrano, D. José Maria Santucho y otros, en 1863.

Además de estas obras propiamente filosóficas, invaden con mucha frecuencia el terreno de la filosofía las restantes del Dr. Mata, en especial su *Doctrina médico-filosófica-española, sostenida durante la gran discusion sobre Hipócrates y las Escuelas hipocráticas en la Academia de Medicina y Cirujía de Madrid y en la prensa médica.... Madrid, Baylli-Bailliere, 1860.* (Es curioso en sentido contrario el libro del doctor sevillano Hoyos Limón *El Hipocratismo en su evolucion contemporánea*). Esta disputa hipocrática, uno de los más curiosos episodios de nuestra ciencia moderna, fué en el fondo una polémica entre los médicos espiritualistas, vitalistas y animistas de una parte, y los materialistas de otra.

De Mata debe leerse además el *Criterio médico-psicológico para el diagnóstico diferencial de la pasión y la locura, y aun el Exámen crítico de la homeopatía*, lecciones que dió en el Ateneo, en 1853, todos los cuales libros, y hasta su propio compendio de *Medicina Legal y Toxicología*, de que hay multiplicadas ediciones, y que todavía sirve para la enseñanza, están salpicados de proposiciones materialistas, más ó menos escandalosas y paladinas.

Como impugnadores de Mata, vid. á más de los citados, á Campoamor (*Polemicas*), Navarro Villoslada (*Textos Vivos*); pero sobre todo, á Letamendi, en el núm. 6.º, año I (1868) de los *Archivos de la Medicina Española*.

Era Mata tan acérrimo nominalista, que llegó á encariñarse con los de la Edad Media, especialmente con Pedro Abelardo, á quien tenía por tal, no con mucha razon, y le convirtió en protagonista de una novela, infelicísima como todos sus ensayos literarios, la cual fué prohibida por varios Obispos, y dió motivo á una defensa del Dr. Mata, que recuerdo haber leído, y que era, ó quería ser á la vez, panegírico de la filosofía de Abelardo. Apuntolo por la singularidad del caso.

nas de Gall, como lo patentizan sus lecciones de *La Razon Humana*, y aun la primera edicion de su *Tratado de Medicina Legal*, positivista á la postre y pediseuco de las doctrinas de M. Luys en su libro *Del cerebro*, fué por más de 30 años el porta-estandarte de los empiricos ó nominalistas españoles, para lo cual le sirvieron admirablemente su facundia improvisadora, la claridad de su expresion, su nunca rendido ardor polémico, su ardiente fé científica y el prestigio que su enseñanza le daba entre innumerables oyentes. Casi puede decirse que fué jefe de secta. De él dijo pintorescamente Letamendi que «tuvo fuerza dialéctica, tan robusta de suyo, pero tan mal empleada, que no parece sino encaballada de hierro construida para sostener tejados de esteras».

Las escuelas idealistas alemanas, si se exceptúa la de Krause, tuvieron muy aislados y poco influyentes sustentadores. La misma crítica kantiana, con andar en lenguas de muchos, que la veian cómodamente expuesta en libros franceses de Tissot, Cousin y Barni, fué entendida de muy pocos ó aplicada sólo en direcciones secundarias. Así, hay algo y aun mucho de kantismo filosófico-matemático en la *Teoría trascendental de las cantidades imaginarias*, obra póstuma de Rey Heredia, pensador original y solitario; y algo tambien de la Estética kantiana y de la *Crítica del juicio*, puede descubrirse, mezclado con otros elementos allegadizos, en la *Estética* de Nuñez Arenas. Pero libro de filosofía primera que con todo rigor puede ser calificado de neo-kantiano, dado que á lo que más se parece es al criticismo de Renouvier, es el del doctor Nieto Serrano, *Bosquejo de la ciencia viviente*, el cual, ora por lo abstruso de su estilo, que supera á todo lo imaginable y oscurece á la misma *Análitica*, ora por la especie de tiranía intelectual ejercida años pasados por los krausistas, no fué leído ni mucho ménos juzgado como su extension y relativa importancia parece que requerian.

De un modo no ménos oscuro ha vivido el hegelianismo, comenzado á difundir en nuestras universidades por los años de 1857, que sólo en la de Sevilla logró arraigarse, y aun allí está hoy casi muerto. Fué el Sócrates de esta nueva doctrina un catedrático de metafísica llamado Contero Ramirez, de quien ni una sola línea que yo sepa se conserva escrita, como no sean las de un programa que su discípulo N. del Cerro publicó en la *Revista de Instruccion Pública*. Pero si no sus escritos, á lo ménos su palabra en la cátedra bastó á formar una especie de cenáculo hegeliano, que dilatando su existencia más allá de los términos de la vida de Contero, y no absorbido ni anula-

do por el posterior dominio del krausismo en la cátedra de metafísica de Sevilla, todavía conserva sus tradiciones, y manda á Madrid aventajados expositores de tal ó cual rama de la filosofía de Hegel. Así, v. gr., Benitez de Lugo, expositor de la *Filosofía del Derecho*, y Fabié traductor de la *Lógica* de Hegel, con introduccion y escolios de propia Minerva, si bien respecto de Fabié conviene advertir tres cosas: 1.º, que aunque oyó algun tiempo las lecciones de Contero, no puede con toda propiedad ser llamado discípulo suyo, puesto que recibió más bien su enseñanza de los libros del napolitano Vera. 2.º, que el hegelianismo de Fabié parece haberse templado y aminorado mucho en estos últimos años, si ya no es que estudios de erudicion histórica han distraído su laboriosa atencion de las meditacioncs metafísicas. 3.º, que el Sr. Fabié se ha declarado repetidas veces católico, á pesar de ser hegeliano, y por más que esta conciliacion ofrezca graves é insuperables dificultades, pues la heterodoxia del hegelianismo no consiste tanto en los pormenores como en el fundamento y esencia del sistema, radicalmente incompatible con la personalidad, y distincion del sér divino, prefiero creer que de la vasta construccion de Hegel rechaza el Sr. Fabié todo lo que es incompatible con la verdad cristiana, y acepta sólo tal cual detalle, que luego pule, adereza y amolda de manera que encaje, sin discrepar un punto, en la mismísima *Suma de Santo Tomás*. De donde vendríamos á sacar por última consecuencia que el Sr. Fabié, reconociendo como todos que al estupendo entendimiento de Hegel deben evidente progreso la filosofía del arte, la del derecho, la de la historia y la lógica misma, viene con todo eso á separarse de él en el punto más capital, dando á su idealismo una interpretacion no hegeliana sino platónica, en lo cual ya habian caído algunos hegelianos de la derecha. De esta manera imagino yo que el Sr. Fabié, de cuyo catolicismo no he dudado nunca, podría ser hegeliano, es decir, echando al agua á Hegel y quedándose con Cristo.

No así Pi Margall. Éste sí que es hegeliano, y de la extrema izquierda. Sus dogmas los aprendió en Proudhon, ya en años muy remotos, y no los ha olvidado ni soltado desde entonces. Este agitador catalan es el personaje de más cuenta que la heterodoxia española ha producido en estos últimos años. Porque en primer lugar, tiene estilo, y aunque incorrecto en la lengua, dice con energía y con claridad lo que quiere. Franqueza inestimable (sobre todo si se pone en cotejo con la nebulosa hipocresía krausista, que emplea el barbarismo como arma preventiva), puesto que así nadie puede llamarse

á engaño. Cierito que la originalidad de Pi es nula, y que sus ideas son de las más vulgares que corren en los libros de Proudhon, Feuerbach y Strauss, por lo cual dijo ingeniosamente Valera que no comprendia la enemiga de Pi contra la propiedad, y aquello de que estaba sacada del fondo comun, cuando precisamente el libro en que tales doctrinas se exponian, y que el Sr. Pi tendria indisputablemente por propiedad suya, era de las cosas más sacadas del fondo comun que pueden imaginarse. Pero al fin, algo es algo, y en un estado de barbarie y noche intelectual como el que en este siglo ha caído sobre España, no es pequeño mérito haber entendido los libros que se leen, y asimilarse su doctrina, y exponerla en forma, si no correcta, inteligible.

El Sr. Pi publicó en 1851 una supuesta *Historia de la Pintura española*¹, cuyo primer volumen (único conocido), con ser en tamaño de folio, no alcanza más que hasta los fines del siglo XV, es decir, á la época en que empieza á haber pintura en España, y á saberse documentalmente de ella. De los restantes tomos nos privó la Parca ingrata, porque escandalizados vários Obispos, suscritores de la obra, de las inauditas herejías que en ella leyeron, comenzaron á excomulgaria y á prohibir la lectura en sus respectivas diócesis, con lo cual el gobierno abrió los ojos, y embargó ó quemó la mayor parte de la edicion, prohibiendo que se continuara.

De la parte estética de esta *Historia*, en otra parte hablaré. Pero la estética es lo de ménos en un libro donde el autor, asiendo la ocasion por los cabellos, y olvidando hasta que hay pintura en el mundo, ha encajado toda la crítica de la Edad Media, y principalmente del Cristianismo². De esta crítica, centon informe de hegelianismo popular de la extrema izquierda, y humanitarismo progresivo al modo de Pierre Leroux, quedó Pi Margall tan hondamente satisfecho, que todavía en 1873, como si los años no hubiesen corrido ni las filosofías tampoco, los reprodujo al pié de la letra con nuevo título de *Estudios sobre la Edad Media*, y en verdad que debió quedar escarmentado de hacerlo, habiendo caído como cayeron bajo la férula de D. Juan Valera, que escribió de ellos la más amena rechifla en la *Revista de España*, sin que desde entonces el nombre filosófico de Pi Margall haya podido levantarse de aquel tremendo batacazo. En sustancia, lo que en su *Historia de la Pintura* enseña Pi es que el Cristianismo llevaba

¹ Manini y Compañía, editores.

² *Estudios sobre la Edad Media*, por D. Francisco Pi Margall. Madrid, imp. de Rivadeneyra, 1873. 12.º, 204 págs. (Este tomito de la Biblioteca Universal está formado con un capítulo de la *Historia de la Pintura*, de Pi, y otro de su libro *Reaccion y Revolucion*.)

implícito, aunque confusamente, el dogma de la unidad y solidaridad humanas, del cual lógicamente se deduce el de la universal fraternidad, y aún el del comunismo, pero que Jesús, hombre de aspiraciones sentimentales más bien que de convicciones profundas, no sistematizó su doctrina. Sin embargo de lo cual, el Sr. Pi Margall no culpa á Cristo (le perdona la vida, como si dijéramos), porque Cristo, despues de todo, para su tiempo sabia bastante. ¡Lástima que introdujese el dualismo entre el cielo y la tierra! Pero ¿cómo ha de ser! la humanidad ha procedido siempre del mismo modo: empieza por tener aspiraciones: acaba por tener sistemas. Á parte de su dualismo, el Sr. Pi nota al Cristianismo de poca invencion. *Jesucristo no fué más que el continuador de los demás filósofos que le habian precedido.* Tomó de acá y de allá, de Platon, de Zenon, de Moisés, de los esenios..... Sólo le faltó plagiar la *Historia de la Pintura* del Sr. Pi, que en esto de rapsodias tiene tan sagaz olfato que hasta descubre en la doctrina de los esenios reminiscencias de los poemas de Virgilio. Á pesar de tantos arroyuelos como vinieron á enriquecerle, el Evangelio parece, á los ojos del Sr. Pi, oscuro, defectuoso y vago, en suma, una evolucion, un orden de ideas más ó ménos estable, pero no eterno, el resultado legítimo de evoluciones inferiores, cosa absolutamente modificable. La crítica del Cristianismo está hecha como pudiera hacerse la de una mala comedia. Lo absurdo, lo grotesco, mejor dicho, de tal manera de proceder con ideas que á los ojos del más desalmado racionalista serán siempre las ideas que han guiado y guian á la más culta y civilizada porcion de la especie humana, y las que han inspirado, por espacio de diez y nueve siglos, todo progreso social, toda obra buena, toda empresa heroica, toda sublime metafísica, todo arte popular y fecundo, arguye por sí sola, no ya la vana ligereza del autor, sino el nivel espantosamente bajo á que han descendido los estudios en España, cuando un hombre que no carece de entendimiento ni de elocuencia ni de cierta lectura, y que además ha sido jefe de un partido político, y hasta hierofante y pontífice y cabeza de secta, no teme comprometer su reputacion científica, escribiendo tales enormidades de las cosas más altas que han podido ejercitar el entendimiento humano desde Origenes hasta Hegel. Y no es cuestion de ortodoxia, sino de buen gusto y de estética y de sentido comun. Ya sería harto ridiculo decir compasivamente de Aristóteles: «No culpemos al Estagirita.....» ¿Qué será decirlo de Cristo, ante quien se dobla toda rodilla en el cielo y en el abismo? ¡No parece sino que las viejas y los párvulos han sido los únicos que han creído en su divinidad!

Atajada por entonces la continuatione de la *Historia de la Pintura*, tuvo Pi Margall que reservar sus filosofías para ocasion más propicia, como lo fué de cierto la revolucion de 1854. Aprovechándose de la ilimitada libertad de imprenta que aquel movimiento político trajo consigo, hizo correr de molde un libro político-socialista intitulado *Reaccion y Revolucion*, síntesis de las ideas proudhonianas. Allí Pi combate el Cristianismo (son sus palabras), anuncia su próxima desaparicion, fundado en que *el génio ha renacido ya, la revolucion ha roto su crisálida*, proclama, como sustitucion del principio de caridad, el derecho á la asistencia y al trabajo; y en metafísica afirma la identidad absoluta del sér y de la idea, que se desarrolla por modo tricotómico. ¿Qué es la muerte? Una trasformacion, un nuevo accidente de la vida. ¿Qué es lo que ataja los progresos de la revolucion social, que proclama Pi? El consabido dualismo, es decir, la creencia en la inmortalidad del alma, que hace al hombre *insolidario con la humanidad en el tiempo*. «La revolucion en España no tiene base filosófica (añade Pi): apresurémonos á dársela». Y la base que propone es el panteísmo, entre cuyos partidarios cuenta al mismísimo evangelista San Juan, «cuyo Verbo es el *Brahma* de los indios, el logos de los alejandrinos, el *devenir* ó llegar á ser de Hegel». ¿Pero Hegel resuelve el misterio? ¿Es Hegel el filósofo que colma y aquieta las altas aspiraciones del Sr. Pi? Sí y no, porque el Sr. Pi nos deja á media miel, limitándose á decir cincuenta veces que es panteísta, que es un sér en sí y para sí, un sujeto objeto, la reproducción de Dios, Dios mismo, una determinacion de lo infinito. Lo único que al Sr. Pi le pone de mal humor con Hegel es su teoría gubernamental y cesarista, del Estado. El ideal del Sr. Pi es un hegelianismo de gorro frigio, bancos del pueblo y república federal¹. Así filosofamos los españoles, y de tales filosofías salen tales Cartagenas. Pi, como verdadero *enfant terrible* de la extrema izquierda, coronó sus propias lucubraciones, traduciendo el *Principio Federativo*, las *Contradicciones Económicas* y otros opúsculos de Proudhon, grande y vehemente sofista, propio más que otro alguno para calentar cabezas españolas.

Del hegelianismo histórico de Castelar y qué cosa sea este hegelianismo, ya se dirán más adelante dos palabras. De otros más oscuros panteístas puede prescindirse sin grave daño. Pero no ha de tenerse

¹ Además de estos libros publicó el Sr. Pi antes de la revolucion del 68 diversos trabajos de crítica artística y literaria, más ó ménos saturados de sus opiniones favoritas. Son suyos, aunque no llevan su nombre, los prólogos de las obras de San Juan de la Cruz y del P. Mariana en la Biblioteca de Rivadeneira. Este último, atestado de no leves herejías, es, por otra parte, lo más elegante y vigoroso que Pi Margall ha escrito nunca.

por inoportuno hacer mérito de dos libros inauditos y semi-filosóficos, que son, cada cual por su estilo, un par de muestras originalísimas del talento audaz ó inventivo que tenemos los españoles, abandonados, sin temor de Dios, á nuestra espontaneidad racional, para ponernos de un salto, sin libros, en *propia conciencia*, y como por adivinación y ciencia infusa, al nivel de los más adelantados desvaríos intelectuales de otras naciones, y hasta de la docta Alemania. El primero de estos libros se imprimió en 1837, cuando apenas ningun español había oído el nombre de Kant ¹, y ménos el de Fichte, el de Schelling ni el de Hegel; cuando nadie sabía de filosofía alemana ni de metafísica trascendental, ni de sistemas de la identidad ni de racionalismos armónicos. El rótulo del libro dice á la letra: *Unidad Simbólica y destino del hombre en la Tierra ó filosofía de la razon por un amigo del Hombre. Obra dedicada á la infancia de Isabel II, Reina de España* ². Consta de vários tomitos pequeños, en que está repetido siete ú ocho veces el sistema. El *amigo del hombre* era un progresista, don Juan Alvarez Guerra, que para dedicarse con todo sosiego á la búsqueda de la *Unidad Simbólica*, no quiso ser jefe político de una provincia, segun nos cuenta en el preámbulo. No se busquen en su sistema reminiscencias francesas ni alemanas: confiesa que no sabe nada, que no ha leído nada (como no sean Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre): es filósofo *autodidacto*; todo lo va á sacar de su propio fondo, todo lo va á «elaborar con su sola razon: si es ignorante, tanto mejor, así estará ménos apartado de la verdad». La educacion es la que pierde y extravía al hombre, haciéndole olvidar la ciencia que trae grabada en el alma cuando viene al mundo. Esta ciencia es la verdad divino-universal, ó scáse la unidad simbólica. ¿Y qué es la unidad simbólica (pregunta Alvarez Guerra en una especie de Catecismo que va al fin de la obra?) «Es la materia unida á su órden de accion, es la unidad físico-moral, ó la eternidad inconcebible, unida á su creacion, y formando el universo ordenado.... Esta unidad es compleja, y es el simbolo ó el tipo que tomó la misma eternidad para toda su creacion, así en grande ó colectivamente, como en pequeño ó en cada uno de los séres creados. Y llámase esta unidad físico-moral, porque sus dos partes ó factores son la materia y

¹ Tengo para mí que el primer español que citó el nombre de Kant (poniéndole al lado de los de Vives, Bacon y Herder) fué el duque de Frias en una oda *À Pestalozzi* que compuso é imprimió en 1807.

² Imprenta de D. Marcelino Calero, 1837. Tomo I, 376 págs. Tomo II, 380. No he visto el tomo III, que, segun parece, se imprimió en 1852. Pero tengo un *Complemento*, ó sea tomo IV, impreso en Sevilla, en 1857, 111 págs., 8°.

su órden de accion amorosa impreso en la materia.... El hombre no puede concebir á su creador sino unido á su creacion, y formando la unidad simbólica de todo el universo». El sistema es, pues, una especie de armonismo krausista, y eso que Alvarez Guerra no tenia el menor barrunto de la existencia de un hombre llamado Krause. «En cada globo celeste (y esto tambien es krausi-espiritismo de lo más fino) hay una inteligencia reguladora de todo el contenido del mismo. Á esta inteligencia, parte ó emanacion de la unidad simple, se le dió su unidad compleja y simbólica, su direccion recta en los dos factores del impulso y moderador». Este impulso y este moderador rigen y gradúan toda la *moral práctica* de Alvarez Guerra. «Aplica tu moderador á tu impulso, y serás feliz», hé aquí su imperativo categórico. «Es un dislate creer que hay mal alguno (añade muy satisfecho).... En el Creador todo es bien, porque su obra es infinita en espacio, tiempo y número, con dos polos de ascenso y descenso, que llevan consigo la unidad simbólica, la *unidad redonda que llamamos todo*». una especie de círculo, semejante al que trazaba Salmeron en la pizarra, allá cuando aprendíamos metafísica ¹. Para difundir esta filosofía y *restablecer el órden moral, el Sér Supremo, por uno de los atributos de su omnipotencia* (voy copiando siempre al Sr. Alvarez Guerra), eligió al autor de la *Unidad Simbólica*, *temerario hijo de la nada, la más imbecil de sus criaturas*. (Pág. 6.).....

El otro libro á que aludí se rotula *Armonía del mundo racional en sus tres fases, la humanidad, la sociedad y la civilizacion* ², y su autor, D. Miguel Lopez Martinez (director de un periódico moderado), le escribió con el inverosímil propósito de *poner de acuerdo el panteísmo con el dogma católico* (¡!). La actividad humana es una modificación de la divina. Á las modificaciones debió preceder una esencia que pudiera modificarse y ser eterna, *cualquiera que fuese la duracion de su estado de unidad absoluta*. La creacion es una modificación de Dios que la sacó de su propia esencia. El hombre es la determinacion más noble de la existencia creada, etc., etc., de la esencia una é infinita que se modifica toda y perpétuamente. El atributo diferencial del absoluto específico humanidad, es la razon, que aspira al infinito por su identidad con el absoluto universal, etc., etc.

Á esto, y poco más, se redujo nuestra cultura filosófica no católica, en el periodo anterior á la dominacion de los krausistas. Á su

¹ Sobre la *Unidad Simbólica* puede leerse un chistoso artículo del Sr. Caminero en la *Revista de España* (tomo XXII, págs. 614 á 622).

² Madrid, 1851, imp. de los Sres. Martinez y Minuesa. 4.°, 307 págs.

tiempo haremos breve memoria de los impugnadores de Donoso Cortés, entre los cuales descolló el neo-cartesiano Martin Mateos, partidario de Bordas-Demoulin entonces, y convertido á la larga en apologista ortodoxo.

La filosofía social, más bien que la metafísica pura, ofreció campo á los débiles y aislados conatos de nuestros pensadores. Así y todo, apenas se hizo más que traducir algunos catecismos *humanitarios*, de los más vulgares que en Francia había engendrado el impulso de Lamennais y de Pierre Leroux. Así Larra puso en castellano *Las palabras de un creyente*, con el título de *El dogma de los hombres libres*, anteponiéndole un prologo de sabor cuasi protestante. El biógrafo y apologista de Larra, D. Cayetano Cortés (autor de un *Compendio de moral*, libro semi-deísta), imprimió tambien un *Ensayo crítico sobre Lamennais y sus obras, ó breve exposición de los principios democráticos, y su influencia presente y futura en la sociedad humana*, donde se afirma sin ambages que «el Cristianismo es sólo un gran pensamiento social», y que es preciso *regenerarle*, quitando al Papa «la acción é influencia que hasta ahora ha ejercido en el régimen y disciplina de las iglesias cristianas». De los *falansterios* de Fourier se hizo apóstol el demócrata Sixto Cámara, en su libro *Del espíritu moderno, ó sea carácter del movimiento contemporáneo*. Otro demócrata, con puntas de filósofo y de reformador social, notable sobre todo por lo desusado y apocalíptico de su estilo, D. Roque Bárcia, comenzó á sonar y á florecer por los años de 1854. En su *Filosofía del alma humana*¹, y en el tratadito de la *Generación de las ideas* que la acompaña, expuso doctrinas ontológico-psicológico-filológicas, tan revesadas y *sui generis*, que algunos, en su afán de clasificarlo todo, las han calificado de *sincretismo greco-oriental, ligera y vagamente formulado*. La esencia es para Bárcia la virtud eterna del sér, el principio oculto de la existencia universal. En esta unidad de esencia se funda la uidad de las ideas, modificaciones ó expresiones parciales, todas ellas, de la idea primera, signo de la afirmación universal. De aquí la posibilidad de organizar una síntesis de los conocimientos humanos, fundada en que todo es universal y todo es uno. Sobre la misma base panteísta pienso que estaría edificado su libro rarísimo de *El Cristianismo y El Progreso* que nunca he alcanzado á ver, por que el gobierno de 1861 embargó y destruyó la edición, dando ocasion á Bárcia para exclamar: «¡Me

¹ *Filosofía del alma humana, ó sea Teoría de los actos externos é internos del hombre. Precedido de unos apuntes etimológicos..... y seguido de otros apuntes sobre generación de ideas, para completar los estudios filosóficos, por D. Roque Bárcia, Autor de los Viajes. Director del Círculo científico y literario de Madrid. Paris: quat de Pécote, 1856; 236 págs. 8.º*

han quemado vivo en mi pensamiento!» Desde 1855 Bárcia había penetrado en el campo de la heterodoxia franca, como aventurero desligado y sin bandera conocida, á no ser la de un protestantismo liberal, latísimamente interpretado á tenor de la genialidad del autor: «No quiero la razón helada de Lutero ni de Calvino..... Yo, hijo de Jesucristo, hijo de su Cruz y de su palabra; yo, *Jesucristo como creencia y como historia*, quiero que la religion que yo adoro abra un juicio á los que se llaman doctores suyos, y que sean medidos de los piés á la cabeza por el sentimiento cristiano». Así exclamaba en su folleto *Cuestion Pontificia*, al cual siguieron la *Teoría del infierno*, y otros paladinamente heréticos.

La absoluta miseria filosófica de España en el largo período que vamos historiando, muéstrase patenté en lo contradictorio, antinómico y vago de las ideas generales que informan aquella brillante literatura romántica, donde todo acierto parece como instintivo, y donde se procede siempre por atisbos, vislumbres, adivinaciones y fantásticos caprichos, mucho más que por principios lógicamente madurados. Viniendo tras de un siglo de poesía prosáica como lo fué el siglo XVIII, era natural que extremasen los románticos el intento contrario, y que procurasen prescindir de la labor racional como de potencia áspera y enojosa. Solían hacer arte puro, sin darse cuenta clara de ello, ni saber de la moderna fórmula *el arte por el arte*, pero con más frecuencia, y escudados con su propia ignorancia, se atribuían pretensiones trascendentales, y hablaban mucho de la *misión* del poeta. Húbolos entre ellos grandísimos y estupendos, tales como desde Calderon acá no habían aparecido en España, pero su verdadera *misión* no fué otra que hacer buenos versos y dejar frutos regalados de hermosa y castellana poesía. De la intencion trascendental de sus obras, ¿quién sabe nada, ni quién ha de tomarla por lo sério? Cuando en España no había ya filósofos, ¿cómo pedir filosofía al poeta, que Platon define *cosa leve y alada*? Los románticos eran poetas en un estado de cultura casi *precientífico*, lo cual quiere decir que eran poetas á secas y á la buena de Dios, sin metafísicas ni simbolismos. Era á modo de *Spiráculos*, por medio de los cuales hablaba el estro santo y pronunciaba la Pitia sus oráculos. Generalmente se jactaban de no saber nada, de no haber estudiado ni querer estudiar ni saber cosa ninguna, sobre todo de las universales y abstractas. Unos decían con Espronceda:

¡Yo, con erudición, cuánto sabría!

Otros, como Tassara, se lamentaban amargamente y se creían infelices porque lo sabían todo. Y ciertamente que en los más de ellos no había motivo para tales lamentaciones. Lo general, lo corriente, lo popular en España y entre poetas era no saber nada ó aparentarlo con tan extremada perfección, que el disimulo se confundía con la realidad. De aquí la ausencia de todo propósito trascendental; de aquí que un mismo drama resulte, según se mire, providencialista ó fatalista; de aquí que un mismo poeta, en el espacio de pocos versos de una misma composición, aparezca ateo y creyente, blasfemo y devoto, libertino y asceta, tradicionalista y racionalista, escéptico de la razón humana y escéptico del poder divino. ¿Quién esperaría encontrar (y es observación agudísima del Sr. Valera) en los versos de Espronceda á Jarifa un ataque directo á la razón humana, calificada de *delirio insano*, como no lo ha hecho el más furibundo tradicionalista, como no lo hizo el mismo Donoso Cortés? Verdad es que Espronceda tenía inquina y mala voluntad á la razón, y por eso dijo en *El Estudiante de Salamanca*:

Que es la razón un tormento,
Y vale más delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar,
Fijo en él el pensamiento.

Y ciertamente que es más cómodo no razonar, si el razonamiento ha de servir sólo para acumular las trivialísimas dudas, que puso el poeta en boca del gigante, en el estupendamente versificado prólogo de *El Diablo Mundo*:

¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,
Y hierve el rayo en su irritada mano? etc., etc....

Espronceda, sin embargo, por una maravillosa intuición poética, acertó á expresar y á revestir de formas y colores, en ese mismo prólogo y en el primer canto de su poema, ciertas ideas filosófico-panteístas de eterna circulación de la vida como raudal perenne de la idea en la materia. La inmortalidad que se celebra en el hermoso himno:

Salve, llama creadora del mundo,
Lengua ardiente de eterno saber,

Puro gérmen, principio fecundo
Que encadenas la muerte á tus pies,

no parece ser otra cosa que la *idea* hegeliana, libre y poéticamente interpretada, ó más bien presentida antes que comprendida, por el poeta.

Bien decía él de sí mismo:

Vamos andando, sin saber adonde.

Fué muy posterior la irrupción de la metafísica alemana, como nuevo ingrediente mitológico, en nuestros poemas. Aún no había escrito el Sr. Campoamor (pienso que por broma ó desenfado humorístico) en su ya olvidado poema *Colón* aquellas inverosímiles octavas, que parecen un trozo de programa schellingiano:

Del mundo, el hombre y Dios tal es la ciencia:
La creación el *yó* brota inflamada:
El *yó* es un Dios de limitada esencia,
Dios es un *yó* de esencia ilimitada....

Y siendo el *yó* creado un Dios finito,
Es el Dios increado un *yó* infinito.

No sé si los lectores de 1851 entenderían esta monserga, pero sé que los poetas de 1837 no hilaban tan delgado, reduciéndose sus audacias en el terreno de lo especulativo á tal cual alarde de escepticismo ó de indiferencia en cuanto al destino futuro:

Nada me importa mi ceniza fría
Donde vaya á parar: irá á la nada,
Á donde vá la rama abandonada,
Á donde vá esa flor ¹.

Las traducciones de novelas francesas fueron no leve parte en la propagación de malsanas novedades. Á ello contribuía el bajísimo estado intelectual de nuestro pueblo, incapaz entonces de paladearse con más sustanciosas novedades. Las mismas teorías filosófico-sociales y humanitarias, proclamadas en Francia, llegaban aquí mucho

¹ Bermúdez de Castro, *Ensayos Poéticos*.

más por las novelas de Jorge Sand, ó por los indigestos abortos, hoy olvidados, de Eugenio Sué¹, que por libros abstractos y teóricos. La impía soberbia de *Lelia*, los sueños teológicos del pesadísimo *Espíridio*, último eco de las doctrinas del *Evangelio Eterno*, la apoteosis de los taboritas ó calixtinos de Bohemia en *La Condesa Rudoldstat*, no diré que hicieran muchos prosélitos, pero sí que el espíritu general de todo ello, y la atmósfera de teosofía ó iluminismo libre-pensador en que se movía la célebre escritora, debió hacer algunas víctimas entre las mujeres de alma apasionada y soñadora. En cuanto al vulgo de los lectores, hallaba más placer en las bestiales invenciones y en la burdísima trama de *Martin el Expósito*, ó de los *Misterios de París*. Así, pues, debió ser, y fué de hecho, mayor el estrago de la novela socialista que el de la racionalista y dogmatizante. Y no es cosa poco triste que, para hacer la historia de un período del desarrollo de las ideas en España, tengamos que buscarla en tan anti-científicas cloacas².

¹ Una de las pruebas más señaladas de la confusión de ideas y de la poca noticia que en España había de las modernas utopías socialistas, nos la da el hecho de haber publicado en sus folletines periódicos conservadores como *El Herald*, novelas socialistas, al modo de *Martin el Expósito* ó de los *Misterios de París*, de las cuales hizo luego estúpidas imitaciones (*Maria la hija de un jornalero*, *La Marquesa de Beilajof*, etc.), el infatigable D. Wenceslao Ayguales de Ico, comandante de la milicia nacional de Vinaroz.

² Ahora quizá parezca oportuno, por vía de nota, decir algo del estado de la filosofía en nuestras posesiones ultramarinas. Será breve, y eso que tengo á mano casi todos los materiales necesarios para escribirla (a). Desde fines del siglo XVIII había comenzado á propagarse en Cuba, como en Méjico y otras partes de la América española, lo que entonces llamábamos *eclecticismo*, es decir, la filosofía analítica de Genovesi y Vernel, con tendencias sensualistas muy marcadas. De tales enseñanzas fué eco el Presbítero D. José Agustín Caballero, que dejó inéditas unas *Leciones de filosofía eclectica*. Pero el verdadero propagador del método analítico, y el primer maestro de filosofía digno de memoria que ofrecen los anales literarios de Cuba, es el Presbítero D. Félix Varela, apreciable mucho más por sus condiciones de maestro y de iniciador, que por la honrada y originalidad de su pensamiento especulativo, que venía á resolverse en inquina ciega contra la escolástica. Todavía dura bendecida su memoria, y sus discípulos le llaman á boca llena *el más grande de los cubanos y el primero que los enseñó á pensar*, *el Sócrates de la grande Antilla*, etc., etc. Fué católico, sin duda, y no tan enemigo de España como otros criollos. Su biógrafo mismo confiesa que en 1823 *cabanos y españoles constituían una misma familia* (P. 213). Lo que le mantuvo exiliado en Nueva-York no fué el ser filibustero, sino el haber sido diputado en el período constitucional de los tres años, y uno de los que votaron la suspensión de Fernando VII. Sus obras filosóficas son *Instituciones philosophicæ eclecticæ* (La Habana, 1812 á 1814, los dos primeros tomos en latín, los dos últimos en castellano), varios *elencos* ó programas, un discurso sobre la *Influencia de la Teología en la marcha de la sociedad*, leído en 1817 en la Sociedad Patriótica de la Habana, la *Lecion Preliminar* del curso de 1818, un tomo de *Miscelánea Filosófica*, ciertos *Apuntes*,... so-

(a) *Vida del Presbítero D. Félix Varela*, por José Ignacio Rodríguez. Nueva-York, imprenta de *O Novo Mundo*, 1878. 8.^o, 448 págs.

— *Vida de D. José de la Luz y Caballero*, por José Ignacio Rodríguez. Nueva-York, imprenta de *El Nuevo Mundo*. — *La América Ilustrada*, 1874. 8.^o, 327 págs.

— *De la filosofía en la Habana*, discurso por D. José Manuel Mestre, doctor en filosofía y catedrático de la misma facultad en la Real Universidad Literaria. Seguido de una carta inédita del Presbítero D. Félix Varela, y un artículo del Dr. D. José González del Valle.

II.—EL KRAUSISMO.—D. JULIAN SANZ DEL RIO: SU VIAJE CIENTÍFICO Á ALEMANIA: SU DOCTRINA: SUS ESCRITOS HASTA 1868: SUS PRINCIPALES DISCÍPULOS.



LLÁ por los años de 1843 llegó á oídos de nuestros gobernantes un vago y misterioso rumor de que en Alemania existían ciencias arcanas y no accesibles á los profanos, que convenía traer á España para remediar en algo nuestra penuria intelectual, y ponernos de un salto al nivel de nuestra maestra la Francia, de donde salía todos los años Víctor Cousin á hacer en Berlin su acopio de sistemas; para el consumo de todo el año académico. Y como se tratase entonces del arreglo de nuestra enseñanza superior, pareció acertada providencia á D. Pedro Gomez de la Serna, ministro de la Gobernacion en aquellos días, enviar á Alemania, á estudiar directamente y en sus fuentes aquella filosofía, á un buen

bre la dirección del espíritu humano, las *Leciones de Filosofía* (obra distinta de las *Instituciones*, por primera vez impresa en 1818), y, sobre todo, las *Cartas á Eulipio sobre la impiedad, la superstición y el fanatismo en sus relaciones con la sociedad* (Nueva-York, 1835 y 1836, dos tomos), obra que le dá derecho á figurar entre los principales apologistas españoles del primer tercio de este siglo. Su eclecticismo, si bien con pretensiones cartesianas, no pasa de ser una muy pobre ideología analítica, manera de tránsito entre Destutt Tracy y Laromiguière. Rechazó siempre el eclecticismo, y á Cousin le trata duramente. Pero siempre será digno de alabanza el entusiasmo con que promovió los estudios filosóficos, la pureza de su fé católica (que le salvó, lo mismo que á nuestro P. Muñoz) de los escollos del sensualismo, el ardoroso brío de sus escritos contra los impíos, y la activa y fructuosa propaganda católica que hizo en los Estados-Unidos contra los protestantes, fundando iglesias y asilos de beneficencia, catequizando muchos herejes, y saliendo vencedor de redidísimas polémicas, algunas de ellas orales. Dichoso quien tales cosas realizó y tanto mereció de la Iglesia, por más que algunos sombras de los errores políticos y filosóficos de su tiempo anublaron su mente. Varon más digno de loor por lo que practicó, que por lo que escribió y enseñó á sus discípulos. Hasta se le debe en parte la introducción de los estudios experimentales de química y física en las aulas de la Habana: mérito que debe compartir con el Obispo Espada, vascongado de nacimiento.

Al sensualismo del P. Varela, que se antició muy pronto, sucedió un período de discordia entre sus discípulos, inclinándose unos, como el Dr. Manuel Gonzalez del Valle, al eclecticismo cousiniano (que mezcló con ciertas reminiscencias de Luis Vives y de los psicólogos escolásticos), y prefiriendo otros los sistemas alemanes, pero de una manera cuasi empírica, rudimentaria y nada sistemática. De ellos fué el famoso D. José de la Luz Caballero, hábil director de colegios, gran propagandista de filosofismo y separatismo entre la juventud de la grande Antilla, que le venera como á su Confucio. Educó á los pechos de su doctrina una generación entera contra España, creó en el *Colegio del Salvador* un plantel de futuros *laborantes* y de campones de la manigua; pero dejó escrito muy poco, y de filosofía ménos, y aunque hombre reflexivo y culto, carecía del rigor dialéctico y del desasimiento de toda consideración práctica que caracterizan al metafísico puro. Así examinando sus *elencos* ó programas, se ve que el fin moral ó político, entendido á su modo, le perseguía siempre; y que, propagandista mucho más que filósofo, miraba con despejo las cuestiones ontológicas. Era el suyo un racionalismo vago, que se aquietaba con moralidades sentenciosas, en estilo cortado y lapidario.

señor castellano, natural de un pueblecillo vecino á Arévalo, antiguo colegial del Sacro-Monte, donde había dejado fama por su piedad y misticismo, y algo también por sus rarezas; hombre que pasaba por aficionado á los estudios especulativos, y por nada sospechoso en materias de religión.

La filosofía alemana era, aunque poco sabida de los españoles, no enteramente forastera, ni podía suceder otra cosa, cuando de ella daban tanta noticia y hacían tales encarecimientos los libros franceses, únicos que aquí leíamos. El mismo Balmes alcanzó á estudiar, en traducciones, la *Crítica de la razón pura*, la *Doctrina de la ciencia* y el *Sistema de la identidad*, é hizo sobre ellos observaciones profundas, como suyas, en la *Filosofía fundamental*, obra que los gnósticos españoles han afectado mirar con desden, pero que alguna oculta virtud debe de tener en sí, cuando tanto se han quebrado en ella los dientes el mismo hierofante Sanz del Río y su predilecto discípulo Tapia.

Balmes, que en sus últimos años leyó no poco, y que presintiendo una revolución filosófica en España, trató de ahogar el mal con la

como las sentencias de los siete sábios griegos. Frases como éstas (y del mismo jaez son todas las que citan sus admiradores): «La filosofía es el bautismo de la razón... La humanidad, si no aspira, no respira... La religión es el alma del alma», y otras por el mismo estilo no bastan para establecer la filiación filosófica de nadie, ni su biógrafo, con haber escrito acerca de él cerca de 400 páginas, nos suministra datos suficientes para juzgar si fué pansista (como generalmente se cree) ó filósofo ortodoxo, como él se proclamaba. Pienso, con todo, que no yerran los que quieren emparentarle con los krausistas y con Sanz del Río. Afirmó siempre que la verdad era una sola, y uno el método de buscarla, una y la misma en todas las ciencias, una en el sujeto y en el objeto. Lo que mejor conocemos de su filosofía es la parte negativa, la impugnación del sistema de Victor Cousin, que él no sustituye con cosa alguna, sino con otro eclecticismo á su modo.

El entierro de *D. Pepe* (así le llamaban cariñosamente sus innumerables discípulos) fué una verdadera algarada contra España, malamente consentida por el capitán general (1862), y uno de los más temerosos amagos de la insurrección de 1868.

En las repúblicas independientes de América aún fué menor el movimiento filosófico. Nunca he llegado á ver la *Teoría del entendimiento humano* de Andrés Bello, ni sé lo que en puntos de filosofía alcanzaba el benemérito filólogo; pero he oído que defende, no sin ingeniosa novedad, algunas opiniones idealistas de Berkeley, siguiendo en lo demás las huellas del espiritualismo de Cousin, y aprovechando los minuciosos análisis de la escuela de Edimburgo; de todo lo cual presumo que ha de resultar un conjunto bastante abigarrado. En Nueva Granada y en otras repúblicas, el utilitarismo de Salas y la ideología de Tracy han sido ciencia oficial hasta hace pocos años; dato bien triste y elocuente por sí solo.

En Portugal el movimiento filosófico aún es menor, si cabe, y ningún nombre de pensador de aquel reino ha logrado pasar la frontera, como no sea el de Pinheiro Ferreira, traductor directo y comentarista de las *Categorías de Aristóteles*. El eclecticismo francés ha servido, como en todas partes, á falta de otra cosa mejor. La filosofía escolástica está allí muerta. Nadie ha querido tampoco calentarse la cabeza en estudiar idealismos alemanes, y hoy (con alguna excepción honrosa) toda la juventud dorada que bulle y se agita en Coimbra y en Lisboa es ferocemente atea, materialista ó positivista, jurando únicamente por Littré ó por Augusto Comte. Todavía no hemos alcanzado á los portugueses en esta vertiginosa carrera; pero todo se andará, si Dios no lo remedia.

abundancia del bien, restaurando, aunque no sistemáticamente, la escolástica, é impugnando las negaciones racionalistas, más bien que oponiéndoles un cuerpo de filosofía ortodoxa, no perdió de vista, ni siquiera en sus tratados elementales, ni siquiera en la *Historia de la filosofía*, con que cierra su compendio, lo que sabía del movimiento filosófico de Alemania, y hasta dió idea bastante clara de algunos puntos del sistema de Krause, tomándolos de las *Lecciones de Psicología* de Ahrens.

Ya en 1851 se había impreso, traducido á nuestra lengua, por D. Ruperto Navarro Zamorano, el *Curso de derecho natural ó filosofía del derecho* del mismo Ahrens, impreso por primera vez en Bruselas en 1837, y que todavía hoy se reimprime y traduce entre nosotros, y se recomienda en las cátedras, y se devora por los estudiantes como *novissima verba* de la ciencia. El primitivo traductor suprimió un capítulo entero sobre la religión, porque contenía doctrinas que «atendido nuestro estado actual, sería grande imprudencia difundir». ¡Notable escrupulo de traductor, cuando dejaba todo lo demás intacto!

Es error vulgarísimo el creer que Sanz del Río fué enviado á Alemania á aprender el krausismo. Basta hojear su correspondencia para persuadirse del verdadero objeto de su comision, que fué estudiar la filosofía y la literatura alemanas en toda su extension é integridad, lo cual él no hizo ni podía hacer quizá, por ser hombre de ninguna libertad de espíritu y de entendimiento estrecho y confuso, en quien cabían muy pocas ideas, adhiriéndose estas pocas con tenacidad de clavos. Sólo á un hombre de madera de sectario, nacido para el iluminismo misterioso y fanático, para la iniciación á sombra de tejado y para las fórmulas taumatúrgicas de exorcismo, podía ocurrírsele cerrar los ojos á toda la prodigiosa variedad de la cultura alemana, y puesto á elegir errores, prescindir de la poética teosofía de Schelling y del portentoso edificio dialéctico de Hegel, é ir á prendarse del primer sofista oscuro, con cuyos discípulos le hizo tropezar su mala suerte. Pocos saben que en España hemos sido krausistas por casualidad, gracias á la lobreguez y á la pereza intelectual de Sanz del Río. Pero afortunadamente un discípulo suyo, hijo del mayor protector que entonces tenía Sanz del Río en el Ministerio de Instrucción Pública, ha publicado cartas del filósofo, en que hay las más explícitas revelaciones sobre este punto¹.

¹ Cartas inéditas de D. Julian Sanz del Río, publicadas por D. Manuel de la Revilla, Madrid. Casa editorial de Medina y Navarro (sin fecha, según pésima costumbre de algunos editores nuestros: creo recordar que fué hacia 1875). 8.º, 109 págs.

Sanz del Rio poseía, antes de su viaje, ciertas nociones de alemán que luego perfeccionó, hasta ponerse en situación de entender los libros y de entenderse con las gentes. La visita que hizo en París á Víctor Cousin no le dejó satisfecho: su ciencia le pareció *de embrollo y de pura apariencia*. No faltará quien sostenga que con toda su ligereza trascendental (que yo reconozco), el doctísimo ilustrador de Platon, de Proclo y de Abelardo, el autor de tantos deleitables cursos de historia de la filosofía, el renovador de la erudicion filosófica y caudillo de una falange de investigadores muy de veras y no de embrollo ni de apariencia, el vulgarizador elegantísimo del espiritualismo entre las gentes de mundo, y ¿por qué no decirlo, aunque pocos se lo agradezcan? el crítico exterminador del sensualismo condilliquista, será siempre en la historia de la filosofía un personaje de mucha más importancia que Krause y su servilísimo intérprete Sanz del Rio, y que todos los krausistas belgas y alemanes juntos, porque sabia más que ellos, y entendia mejor lo que sabia, y lo exponia además divinamente y no en términos bárbaros y abstrusos. Enhorabuena que Aristóteles, ó Santo Tomás, ó Suarez, ó Leibnitz, ó Hegel, pudieran calificar de ligera y de filosofía para uso de las damas, la de Víctor Cousin, pero que venga á decirlo un espíritu tan entenebrecido como el de Sanz del Rio, cuyo ponderado método se reduce á haber encerrado sus potencias mentales en un carril estrechísimo, trazado de antemano por otro, cuyas huellas va repitiendo con adoracion supersticiosa, es petulancia increíble. Pero ya se ve, á ojos como los de Sanz del Rio, que sólo aciertan á vivir entre telarañas, todo lo que sea luz y aire libre ha de serles forzosamente antipático.

Así que nada oyó en la Sorbona que le agradase, y para encontrar filósofos de su estofa, y áun no tan enmarañados, pero sí tan sectarios como él, tuvo que ir á Bruselas y ponerse en comunicacion con Tiberghien y con Ahrens, que le dió á conocer á Krause y le aconsejó que sin demora se aplicase á su estudio, dejando á un lado todos los demás trampantojos de hegelianismo y cultura alemana, puesto que en Krause lo encontraría todo, realzado y trasfigurado por modo eminente. Mucho se holgó Sanz del Rio del consejo, sobre todo porque le libraba de mil estudios enojosos, y del quebradero de cabeza de formar idea propia de las cosas y de juzgar con juicio autónomo las múltiples y riquísimas manifestaciones del génio alemán. ¡Cuánto mejor encajarse en la cabeza un sistema ya hecho, y traerle á España con todas sus piezas!

El espíritu de Sanz del Rio no sabia caminar un paso sin anda-

dores. «Como guía que me condujera con seguridad por el caos que se presentaba ante mi espíritu, hube de escoger de preferencia un sistema, á cuyo estudio me debía consagrar exclusivamente, hasta hallarme en estado de juzgar con criterio los demás». Excuso advertir que este día no llegó nunca, y que el camino tomado por Sanz del Rio era el que más debía alejarle de tal fin, si es que alguna vez se le propuso, ya que, comenzando por encajonar su entendimiento en un dogmatismo cerrado y por jurar *in verba magistri*, tornábase de hecho incapaz de ver ni de juzgar nada que no fuese aquello, abdicaba su propio pensar, y hasta mataba en sí el gérmen de la curiosidad. Nadie ignora que en tantos años como Sanz del Rio desempeñó la cátedra de *Historia de la filosofía*, ni por casualidad tocaba tal historia: bastábale enseñar lo que él llamaba el sistema, es decir, el suyo, el de Krause, la verdad, lo uno. Lo que que habian pensado los demás, ¿qué le importaba?

«Escogí aquel sistema (prosigue diciendo) que, *según lo poco que yo alcanzaba á conocer*, encontraba más consecuente, más completo, más conforme á lo que nos dicta el sano juicio, y sobre todo *más susceptible de una aplicacion práctica* (¡vaya un metafísico!).... razones todas que, *si no eran rigurosamente científicas*, bastaban á dejar satisfecho mi espíritu». Bueno es hacer constar que Sanz del Rio se hizo krausista *por razones no rigurosamente científicas*.

Instalado ya en la Universidad de Heidelberg, cayó bajo el poder de Leonhardi y de Roeder, que acabaron de *krausistizarle*, y de teparle los oídos con espesísima cera, para que no oyese los cantos de otras sirenas filosóficas, que podian distraerle de la pura contemplacion del armonismo. Las pobrísimas observaciones que luego hizo sobre Hegel, muestran hasta dónde llegaba esta supersticion y embebecimiento suyo. A los pocos meses de estudiar el krausismo, y antes de haberle comparado con otros sistemas, ya escribe á D. José de la Revilla que «tiene conviccion íntima y completa de la verdad de la doctrina de Krause, *conviccion producida directa é inmediatamente por la doctrina misma que yo encuentro dentro de mi mismo sér, si no idéntico, total*». Dentro de su mismo sér encuentra cada cual todo lo que quiere, incluso los mayores absurdos. Si esto no es proceder como un fanático, y cortarse voluntariamente las alas del pensamiento, y desentenderse de toda realidad exterior, confesaré que tienen razon los que llaman á Sanz del Rio *campeón de la libertad filosófica*.

Sanz del Rio temia cándidamente que esta doctrina fuese *demasiado buena ó demasiado elevada para españoles*, pero con todo estaba re-

suelto á propagarla, porque *puede acomodarse á los diferentes grados de cultura del espíritu humano*. Ya para entonces habia dado al traste con sus creencias católicas: «Cree Vd. sinceramente (escribia á Revilla) que la ciencia, como conocimiento consciente y reflexivo de la verdad, no ha adelantado bastante en diez y ocho siglos sobre la fé, como creencia sin reflexion, para que en adelante, en los siglos venideros, haya perdido ésta la fuerza con que ha dirigido hasta hoy la vida humana?»

Sanz del Río hizo dos visitas á Alemania: una en 1844, otra en 1847. En el intervalo de la una á la otra residió en Illescas, pueblo de su mujer, haciendo tales extravagancias que las gentes le tenían por loco. Y realmente dá algo que sospechar del estado de su cabeza en aquella fecha, una carta enormísima y más tenebrosa que las *Soleidades* de Góngora, que en 19 de Marzo de 1847 dirigió á su Mecenas D. José de la Revilla. Allí se habla ó parece hablarse de todo, especialmente de educacion científica, pero lo único que resulta bastante claro es que el autor pide, en términos revesados y de conjuero, aumento de subvencion y de sueldo. Véase con qué donaire escribia Sanz del Río sus cartas familiares: «Ahora, pues, en el proseguimiento de esté propósito, con la resolucion de que hablo á usted, ocúrreseme de suyo considerar lo que me resta de personalidad exterior, digámoslo así, en el sentido del objeto propuesto y de relaciones con el gobierno bajo el mismo respecto..... cuanto más que en el caso presente, el todo que en ella se versa trae su principio y conexion directa del gobierno..... En conformidad de esto, he debido yo preguntarme: ¿en qué posicion me encuentro ahora con el gobierno, y cómo obraré en correspondencia con ella..... en la condicionabilidad y ocasion presente?.... ¿Cómo y por qué género de medios conviene que sea cumplido á lo exterior el objeto de mi encargo? Y como parte contenida en este genérico, ¿qué fin inmediato, aun bajo el mismo respecto de aplicacion exterior, llevo yo propuesto en la resolucion de viajar?»

Yo no sé si D. José de la Revilla llegó á entender ni aun leer entera esta carta (que en la impresion tiene cuarenta y tantas páginas de letra menudísima, todas ellas tan amenas como el trozo que vá copiado), pero es lo cierto que á él y á los demás oficinistas les pareció un monstruo y un génio el hombre que tan oscuramente sabia escribir á sus amigos, hasta para cosa tan trivial como pedir dinero. Así es que determinaron crear para él una cátedra de *Ampliacion de la Filosofia y su Historia*, en el Doctorado de la Facultad de Letras,

cátedra que Sanz del Río rechazó al principio, con razones tan profundas que el ministro y los oficiales hubieron de quedarse á media miel, dejándole al fin en libertad de aceptar la cátedra cuándo y cómo quisiera, y de imprimir ó dejar de imprimir un tratado de *las Sensaciones*, que habia traído de Alemania como fruto de sus tareas.

Sanz del Río, aunque escritor laborioso y muy fecundo á su modo, con cierto género de fecundidad estrambótica y eterna repeticion de las mismas ideas, no estaba aquejado de la manía de escribir para el público. Gustaba más de la iniciacion oral y privada, en el cenáculo de discípulos, que comenzó á atraerse desde que ocupó la cátedra de la Central. Cuando escribia, solia hacerlo para sí mismo y para esos oyentes más despiertos; así es que, obra suya propiamente filosófica, no hay ninguna anterior á la *Análitica*. Antes sólo se habia dado á conocer por algun trabajo de los que él llamaba *populares*, v. gr., la traduccion ó arreglo del *Compendio de Historia Universal*, compuesto en aleman por el Dr. Weber, de la Universidad de Heidelberg, y aumentado por el nuestro con várias consideraciones generales y notas de sabor panteístico-humanitario, á pesar de lo cual la obra se publicó, en 1853, bajo el patrocinio de altísimos personajes conservadores, y fué señalado como libro de texto en nuestras Universidades. La traduccion es incorrecta y extrafalaría: hasta las cosas más vulgares se dicen con giros memorables por lo ridiculos: *El espíritu simple de los primeros pueblos no tenia más que un ojo* (leemos en la página 297 del tomo I).

Cúpole en turno á Sanz del Río la oracion inaugural de la Universidad en el curso de 1857 á 1858¹, é hizo, con mejor estilo del que acostumbraba, y aun con cierta varonil y austera elocuencia, que no excluye la dulzura cautelosa y persuasiva, un elogio de los resultados morales de la Filosofia, y exhortacion á los jóvenes á su estudio como única ley, norma y disciplina del espíritu. En tono medio sentimental, medio estóico, todo tira en aquel discurso á insinuar las ventajas de la llamada moral independiente y desinteresada, de la ética kantiana, en una palabra, que á ella vendrá á reducirse, si es que tiene algun sentido, la perogrullada de Krause, que cita Sanz del Río como portentoso descubrimiento suyo: «*El bien por el bien como precepto de Dios*». Fórmula ambidextra, por decirlo así, pero que en-

¹ Discurso pronunciado en la solemne inauguracion del año académico de 1857 á 1858 en la Universidad Central, por el Dr. D. Julian Sanz del Río, catedrático de Historia de la Filosofia en la Facultad de Filosofia y Letras, Madrid, imp. Nacional, 1857. 42 págs. 4.º